

EL CARISMA DEL CANTOR AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

EL ESPÍRITU DE DAVID, REY DE ISRAEL, VIVE POR SIEMPRE

El rey David era ya anciano y sentía que el final de su vida se estaba acercando. Entonó un salmo de acción de gracias al Señor por todas las empresas que le había hecho llevar a buen término y por todo el bien que había hecho a su pueblo, invocó su perdón por los pecados que había cometido y concluyó con la súplica de que le revelase cuándo había decidido sacarlo de esta vida.

Había apenas acabado su canto y estaba esperando ansiosamente la respuesta divina, cuando de improviso, se levantó un huracán impetuoso: pero David sintió dentro de sí que no era la tempestad la que le traía la respuesta divina.

Instantes después escuchó un ruido formidable, como el romper de las olas en el mar, pero ni siquiera en esto David escuchó la respuesta divina.

Después vino un gran fuego que bajó de lo alto, pero tampoco este era el portador de la respuesta divina. El fuego desapareció y no dejó ningún rastro de su paso veloz.

De pronto se hizo un profundo silencio y toda la naturaleza quedó callada como sucede en algunas noches estrelladas o en pleno día de un verano sofocante.

En este silencio se empezó a oír una suave melodía como no se había oído jamás otra igual. Este fue para David el signo de que el Espíritu de Dios estaba presente en su casa. Se inclinó hasta el suelo y repitió su pregunta: "Házme saber, oh Señor, cuándo será el último día de mi vida, cuándo me harás morir".

El rey oyó la voz del Eterno que susurraba: "En el cielo se ha decidido inderogablemente no decir a ninguno cuando será el final de sus días".

Pero David continuó: "Todos saben esta decisión divina y yo me doy cuenta que indispensable es para nosotros los hombres, ya que si supiésemos cuando moriremos nuestra vida no sería más vida. Pero a través de los profetas me ha sido revelado que no obstante, habiéndole destinado a Adán mil años, lo has dejado vivir solamente novecientos treinta años, por lo cual, me has reservado los otros setenta años a mí, sin los cuales yo no habría nacido. Ahora estoy para cumplir los setenta, por eso sé que el tiempo de vida que se me ha asignado está para acabar. Lo que te pido es decirme solamente que día de la semana me harás morir".

El Señor se dio cuenta de que David tenía que ser excluido de la disposición celeste. En medio de aquel profundo silencio se oyó un murmullo: "Morirás en sábado".

Pero David que solía pasar los sábados salmodiando rogó a Dios para que cambiara el día: "Te suplico, Dios grande, que no me quites el alma en sábado, atrasa un día tu decreto".

Pero el Señor objetó: "Ya está determinado que tu hijo Salomón sea coronado en domingo, y su reino no puede ser abreviado ni siquiera un día, ni incluso para dejarte reinar un día más en su lugar".

"Si es así", añadió David, "anticipa mi muerte un día y hazme morir en la vigilia del sábado".

"De ningún modo", replicó el Señor, "no quitaré nada de tu reino, porque solo un día de tus estudios sagrados y de tu salmodia vale más para mí que miles de holocaustos que Salomón inmolará sobre el altar en mi honor". Con esto acabó aquel absoluto silencio que había reinado desde el momento en que el Espíritu de Dios se había manifestado al viejo Rey y todos los sonidos habituales volvieron a escucharse en el aire.

Esto fue para David el signo que la majestad divina había vuelto a su sede y que se había decidido irrevocablemente que él moriría en sábado.

A partir de entonces y mucho más que en el pasado dedicó los sábados que le quedaban al estudio intenso de la Palabra de Dios y a cantar las alabanzas al Eterno como insuperable salmista que era.

Cuando en el día predestinado el ángel de la muerte se presentó al rey lo encontró celebrando las laudes del Señor cantando los siguientes versículos del Salmo: "Los cielos son el trono de Dios, pero la tierra se la ha dado al hombre. El que duerme el sueño de la muerte no puede cantar al Eterno, pero he aquí que nosotros hoy le cantamos hasta el fin de los días. Aleluya".

Cautivado por este canto, el ángel de la muerte no se atrevió a coger el alma de David y decidió darle tiempo para acabar su canto.

Mientras tanto el rey continuaba salmodiando un versículo después del otro animado de un fervor cada vez más intenso: quién sabe cuando cesaría su inspiración ...

El ángel no podía esperar más porque su misión tenía que cumplirse dentro de aquel día. Tocó a David con su mano (con este gesto el ángel hacía cesar la vida de sus víctimas), pero con gran sorpresa el rey continuó viviendo: la melodía del canto parecía defenderlo como si fuese una muralla inexpugnable.

Desorientado el ángel atravesó corriendo las salas del palacio real, bajó al jardín y continuó corriendo de aquí para allá como un loco sin tener cuidado de las plantas

que estropeaba. Hacía un ruido que crecía cada vez más y cuando David llegó a oírlo no sabía qué lo producía; parecía el rumor de una tempestad a pesar de que era un día tranquilo y caluroso de verano.

Sin dejar de cantar apasionadamente se dirigió hacia el jardín para ver lo que estaba sucediendo y he aquí que por la prisa tropezó y por un instante interrumpió su canto. Bastó aquel instante para que el ángel, que seguía cautelosamente sus pasos, lo alcanzase con un movimiento rápido. Con sus alas negras raptó su alma y subió rápidamente al cielo, dejando el cuerpo inerte de David tirado en el suelo.

Pero el espíritu de los cantos de David no pudo ser raprtado por el ángel de la muerte. Este espíritu continua todavía hoy vivificando el mundo entero y así será hasta el final de los días. Es el mismo espíritu de David que no ha muerto, de este Rey de Israel que continúa vivo y perenne en medio de su pueblo.